



LOS OJOS DE ATENEA

María Cecilia Posada G.

Comienzo por cantar a Palas Atenea, la gloriosa deidad de ojos de lechuza, la muy sagaz, dotada de corazón implacable, virgen venerable, protectora de ciudadelas, la ardida Tritogenia. A ella la engendró por sí solo el prudente Zeus de su augusta cabeza, provista de belicoso armamento de radiante oro. Un religioso temor se apoderó de todos los inmortales al verla. Y ella, delante de Zeus egídfero, saltó impetuosamente de la cabeza inmortal, agitando una aguda jabalina. El gran Olimpo se estremecía terriblemente, bajo el ímpetu de la de ojos de lechuza. En torno suyo, la tierra bramó espantosamente. Se conmovió, por tanto, el ponto, henchido de agitadas olas y quedó de súbito inmóvil la salada superficie. Detuvo el ilustre hijo de Hiperión sus corceles de raudos pies por largo rato, hasta que se hubo quitado de sus inmortales hombros las armas divinales la virgen Palas Atenea. Y se regocijó el prudente Zeus". (Himno homérico a Atenea).

Cielo, mar y tierra se estremecen y paralizan al contemplar los acontecimientos del Olimpo: una hermosa virgen ha saltado de la cabeza de Zeus y cae en medio de los demás dioses quienes, atónitos, la admiran, paralizados de pavor por la magia que se desprende de su presencia guerrera, hechizados por el esplendor de esos ojos brillantes que el furor bélico encienden. De este modo, describe el mito el nacimiento de Atenea, la diosa de la guerra y de la sabiduría, cuya importancia para los griegos se plasma perfectamente, en la magnificencia de su templo, el Partenón, en la Acrópolis de Atenas.

Si tenemos en cuenta que los dos grandes poemas homéricos, La Ilíada y La Odisea, donde esta diosa juega un papel primordial, nada nos relatan sobre su origen, es probable que la versión referida por el Himno aquí citado, haya sido to-

mada de la Teogonía de Hesíodo y no de la tradición oral milenaria con raíces indoeuropeas que prima en las obras épicas griegas. Para Homero, Atenea es simplemente, la hija de Zeus, llamada también Tritogenia y calificada con el adjetivo, **glaukopis**, de ojos brillantes, claros, glaucos o de lechuza; en cambio, en el poema sagrado de Hesíodo, además de su procedencia de Zeus, se indican también las circunstancias especiales de su nacimiento y la naturaleza primordial y poderosa de su madre Metis.

Cuenta la "Teogonía", que el rey de dioses tomó por esposa a Metis, la más sabia de los inmortales pero que, cuando ésta iba a parir a Atenea, Zeus se valió de suaves palabras para engañarla y poder proceder a encerrarla en su vientre pues, según los vaticinios de Gea y Urano, el hijo que daría a luz la astuta diosa, sería más poderoso que su propio padre y terminaría arrebatándole el trono del Olimpo. Zeus obró prudentemente, adelantándose a los acontecimientos y encerró en su propio ser, la sabiduría de Metis para que desde entonces, ningún dios lo superara en astucia: "Y él mismo hizo salir de su cabeza a Tritogenia, la de los ojos claros, ardiente, que excita al tumulto y conduce a los ejércitos, invencible y venerable, a quien placen los clamores, las guerras y las contiendas" (Hesíodo, Teogonía).

Dado que la etimología del nombre **Athenea** no se ha podido descubrir y que esta palabra no es indoeuropea, algunos escolásticos sostienen que la procedencia de esta deidad tampoco es helénica sino que se remonta al período pre-helénico. Nilsson por ejemplo, ve en el epíteto que la épica con frecuencia le otorga de "protectora de ciudades", un claro indicio de su parentesco con la antigua diosa serpiente de los palacios de los reyes micénicos. Por su parte, Wilamowitz explica que si bien la Atenea griega es una deidad

guerrera, mientras la diosa minoica de los palacios no lo era, ello se debe a que los invasores indoeuropeos la helenizaron, imprimiéndole su espíritu guerrero. Lo cierto del caso es que las argumentaciones no son del todo convincentes pues si bien, algunos rasgos de Atenea la hacen semejante a las antiguas diosas madres del suelo pre-helénico, muchos otros aspectos de esta hija de Zeus quedan sin explicación, más aún si nos adentramos en la etimología, también oscura, de su otro nombre, Tritogenia, presente una y otra vez en toda la poesía griega antigua.

Antes de Hesíodo, ninguna tradición griega habla del nacimiento de Atenea pero todos los poetas la describen como una diosa virgen, guerrera, completamente armada, sagaz y astuta, muy diestra como inventora y descubridora de técnicas. Sus templos se construían en la cima de las ciudadelas para que las protegiera constantemente. Además de sus armas bronceas, todo su encanto estaba concentrado en sus ojos "de lechuza", el epíteto épico que más la esencializa. Pero después de Hesíodo, esta hija de Zeus poseerá un mito de nacimiento que si bien no esclarece su nombre oscuro, sí explica perfectamente la razón de su inteligencia sagaz, rápida, precisa, oportuna; la naturaleza de su poder igual al del padre de los dioses y su destacado puesto como virgen guerrera en el Olimpo. Sin duda, nos hallamos ante una magnífica muestra del gran genio mítico-poético del autor de la Teogonía. Quizá, como sostiene Norman Brown, el nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus, después de haber engullido a Metis, es una invención de Hesíodo que engrana perfectamente en la estructura mítica de su Teogonía. Desde el comienzo, los dioses que detectan la soberanía del cosmos, tratan de mantener su poder, evitando la generación de una prole. Así, Urano encerraba a sus hijos con Gea, en el vientre profundo de la tierra, impidiéndoles salir a la luz del sol. Por su parte, Cronos, una

vez derroca a su padre, decide conservar su poder, devorando a cada uno de los hijos que Rea le engendra. Sólo Zeus logra salvarse por la astucia (Metis) de su madre que engaña al rey de dioses y toma el mando del Olimpo. Ahora, Hesíodo culmina su mito teogónico, haciendo que Zeus despose a Metis, la inteligencia creativa y recursiva y que en vez de engullir a su hijo, se las ingenie para tragarse a la madre, amenaza para su soberanía pero también, necesidad y posibilidad de mantenerse en el mando.

Con la original versión de Hesíodo sobre el nacimiento de Atenea, el poeta explica brillantemente el aspecto soberano de esta hija de Zeus y la razón de ser de su inteligencia recursiva sin igual. Sólo que a partir de este relato, los rasgos primigenios de la diosa se toman cada vez más oscuros y su verdadero origen se hunde en el pasado. Sin embargo, los poetas no olvidan del todo, nombres o epítetos de la diosa primitiva que había tras la guerrera virgen Atenea homérica y curiosamente, al tiempo que la consideran hija de Zeus, la llaman también Tritogenia, nombre con una etimología polémica pero que no puede excluir la mención a un origen marino de la diosa, unido a la encarnación de poderes que la vinculan con la generación y la fertilidad.

Mas, el propósito de nuestro trabajo hoy no es incursionar en el rico y complejo mundo de los orígenes culturales de Atenea. Nos posaremos en la Grecia de los siglos posteriores al VII A.C., tratando de aprovechar las luces que sobre sus funciones, atributos e intervenciones arroja la poesía de aquella época. Si el mito del nacimiento de Atenea que Hesíodo nos relata es invento o no de la creatividad de este poeta, no nos preocupará, pero sí, la causa de la conmoción que sufre el cosmos todo, cuando ésta salta, completamente armada, de la cabeza de Zeus. ¿Qué ven exactamente los dioses del Olimpo como para quedar

lentos de temor, inmóviles como estatuas? ¿Por qué bajo el ímpetu de Atenea, el sol detiene su curso, el mar se paraliza y la tierra brama espantosamente? ¿Qué misterioso poder emana de la presencia de esta diosa cuyos ojos brillantes son su distintivo e identificación?

En la *Olímpica VII*, Píndaro precisa lo sucedido al nacer Atenea diciendo que después de que Hefestos golpeará con su hacha de bronce la cabeza adolorida de Zeus, la diosa "brotó del cerebro de su padre lanzando un grito espantoso que hizo estremecer de horror el cielo y la tierra". Atenea pues, vino al mundo no sólo entre el brillo espectacular de sus armas de oro, el fragor de su aguda jabalina y el ímpetu de sus ojos de lechuza como canta el himno homérico, sino que también hizo sentir su presencia por medio de un grito tan pavoroso que llenó de terror todo el universo.

El radiante fulgor de unas armas, el esplendor bronceo de unos ojos brillantes y un inmenso grito de guerra son las tres señales del terrible poder de Atenea. Esta diosa, desde su nacimiento, es inseparable de sus armas. Según algunos, la propia Metis las concibió y fabricó como una verdadera obra maestra de la forja, tanto más admirable, cuando que la inteligencia que les da vida en el fulgor del metal, viene a aureolar el propio talento o astucia recursiva del ser nacido de Zeus y de su esposa ingerida. Luz y sonido del bronce son los rasgos esenciales del poder guerrero de Atenea; de ellos emana sin duda, su ser fulgurante en las batallas como muy particularmente se describe en la *Ilíada*.

En el canto V de la *Ilíada*, Homero nos describe un momento bellísimo de la acción de los dioses en el Olimpo: el instante en que Atenea deja caer al suelo su hermoso peplo bordado, disponiéndose a armarse para participar en la guerra en ayuda de sus favoritos. He aquí la descripción precisa del poeta, sobre las armas de la diosa :

"Suspendió de sus hombros la espantosa égida floqueada que el terror corona: allí están la Discordia, la Fuerza y la Persecución ho-

rrenda; allí la cabeza de la Gorgona, monstruo cruel y horripilante. Cubrió su cabeza con áureo casco de doble cimera y cuatro abolladuras, apto para resistir a la infantería de cien ciudades. Y subiendo al flamante carro, asió la lanza, poderosa, larga, fomida, con la que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes cuando contra ellos monta en cólera".

Si analizamos las armas aquí mencionadas veremos que el casco y la lanza se dejan clasificar sin ninguna dificultad, como instrumentos de defensa o de ataque respectivamente; pero, ¿qué decir de la égida? ¿Qué clase de arma es ésta? En principio, podríamos imaginarnos que se trata de un objeto mitad escudo, mitad coraza, que la diosa coloca sobre sus hombros para protegerse. Sin embargo, los poetas hablan de ella como un arma sobre la que nadie podría triunfar, ni siquiera el mismísimo rayo de Zeus. Y es que ante la visión de la égida, una parálisis fulgurante se adueña del adversario, quizá como proyección del mito de la Gorgona, quien con su letal mirada fijaba a todo el que la contemplase, en una inmovilidad pétrea.

En la égida de Atenea, el rostro de la Gorgona con sus ojos brillantes y su boca abierta, evoca sin duda la mirada frenética de un guerrero poseído por el furor bélico y su grito terrible de ataque. En un campo de batalla, los rostros de los atacantes se desfiguran: los ojos brillan con furia, muecas y gestos crean deformidad y los gritos resuenan aturdidores. Y a todo este tumulto se suma el resplandor de las armas de bronce.

Toda la conmoción cósmica que se produce cuando Atenea salta completamente armada de la cabeza de Zeus y dispuesta para la guerra, se explica perfectamente entonces en estas palabras: égida, Gorgona, fuego resplandeciente, voz atornadora. Estos son los aspectos que conjugan la magia guerrera de Atenea *glaukopis*, cuyo secreto guarda en el resplandor de su mirada fascinante. Como el ave nocturna que la sigue a todas partes, la lechuza, que seduce y atemoriza a los otros pájaros por la fijeza de sus ojos, llenos de

fuego y a la vez por las modulaciones de su canto, Atenea triunfa de sus enemigos por sus ojos y por el sonido de sus bronceas armas que con frecuencia la épica compara con el fulgor del relámpago y con la bronca voz del trueno. Bástenos mirar en La Ilíada, a manera de ejemplo, lo que sucede cuando Aquiles, el protegido de la diosa, aparece entre los teucros amenazante y revestido con los poderes de su protectora:

Aquiles, caro a Zeus, se levantó y Atenea cubrióle los fornidos hombros con la égida floqueada y circundóle la cabeza con áurea nube, en la cual ardía resplandeciente llama... Y acercándose a la orilla del foso, fuera de la muralla, se detuvo. Allí dio recias voces y a alguna distancia, Palas Atenea vociferó también y suscitó un inmenso tumulto entre los teucros. Como se oye la voz sonora de la trompeta, así se escuchó la voz del Eácida. Cuando se dejó oír la voz de bronce del héroe, a todos se les conturbó el corazón y los caballos de hermosas crines, volvíanse hacia atrás con los carros porque en su ánimo presentían desgracias. Los aurigas se quedaron atónitos al ver el terrible e incesante fuego que en la cabeza del magnánimo Périda hacía arder Atenea, la diosa de los brillantes ojos. Tres veces el divino Aquiles gritó a orillas del foso y tres veces se turbaron los troyanos y sus ínclitos auxiliares (Ilíada Canto XVIII, 203- 228).

Tanto la diosa como el héroe crean el ambiente de horror bélico con un grito que se compara con la voz sonora y metálica de la trompeta. Este instrumento es el mensajero de los combates y su invención se atribuye también a la inteligencia recursiva de Atenea. La misma forja que moldea el bronce para producir armas, da a luz la broncea trompeta que con grito agudo estremece los corazones de los guerreros. Así, el mensaje que oculta la mención del bronce, sea como adjetivo de la voz de Aquiles, sea como material de los ameses, no es otro que la magia y poder del fuego hecho luz o sonido fascinante. Simultáneamente, se escucha la voz del Eácida y se contempla el ardor de la llama que se levanta sobre la ca-



beza del héroe. A esta doble presencia del fuego alude sin duda el calificativo que el mito da a los ojos de Atenea. La diosa **glaukopis** o de la brillante mirada, encierra en sus ojos el poder del rayo de Zeus: fuego que simboliza la prudencia, arma destructora, ruido atronador, centella deslumbrante. La mirada penetrante de Atenea relampaguea y retumba a un mismo tiempo en el espacio mítico de la poesía griega; de este modo se nos brinda el indicio de que las armas de la diosa son no sólo su atuendo permanente, sino ante todo, el marco de sus ojos también resplandecientes y sonoros. Y para completar todo este comportamiento mágico guerrero de luz y sonido se fija la atención en la égida de Atenea con la cabeza de Medusa en el centro. Ante la presencia de Aquiles así revestido, no es de extrañar entonces que hombres y animales retrocediesen atropelladamente y en medio del horror, muchos teucros muriesen.

Aparentemente, hasta ahora, los ojos de Atenea evocan más que nada el mundo de la guerra. Al irradiar el fuego que ocultan se toman brillantes, penetrantes, paralizadores, atronadores, **glaukopis**. Homero en su *Ilíada*, al cantar a "La de Ojos de Lechuza", no hace más que introducirse en la magia mítica de la guerra y embellecer con un epíteto poético, todo un mundo de horror, muerte y gritos. Sin embargo, pocos lectores occidentales pueden descubrir, después de sus primeros acercamientos a la epopeya homérica, que los brillantes ojos de la hermosa virgen Atenea son algo más que un atributo de belleza. Y es que cómo sospechar que una de las tres diosas más bellas del Olimpo encierra en sus ojos el mismo mundo de terror que brota de la mirada de un monstruo como Medusa? ¿Cómo saber que sus ojos glaucos, como los de la Gorgona, paralizan con el frío de la piedra, matan como el rayo en un instante y sólo nos permiten escuchar rápidamente el grito de trompeta de las voces broncíneas o el silbido agudo y metálico de las serpientes-cabellera de Medusa? La ambigüedad de los ojos de Atenea sólo puede captarse pues, rastreando los efectos de su mirada y fijando muy detenidamente nuestra atención en su pavorosa égida, aparen-

temente una mera arma pero en realidad, todo un indicio de la verdadera esencia de la diosa.

Mas, en el fuego de los ojos de Atenea hemos de descubrir además de su aspecto pavoroso y destructor, el rasgo de prudencia, astucia e inteligencia, heredado de su madre Metis. Aunque de esta faceta encontramos miles de testimonios en *La Odisea* y en toda la poesía cíclica, nos detendremos aquí en una ciudad, un culto, un mito y un animal en especial: Corinto, Atenea Hippiá, Belerofonte domando a Pegaso y el caballo, respectivamente.

Se dice que en la ciudad de Corinto se rendía culto a una Atenea Hippiá estrechamente asociada a un Poseidón Hippios, el dios a quien con más propiedad se le atribuía el ámbito de los caballos, ya sea uncidos a un carro, ya montados por un jinete. Según el mito, fue el famoso héroe Belerofonte quien construyó el altar a Atenea, consagrándola como gran protectora de los domadores de caballos, cuando no era la fuerza sola la que debía utilizarse sino, sobre todo, la astucia y la magia técnica. Se cuenta que cuando el héroe se hallaba luchando con Pegaso, el caballo alado hijo de la Gorgona, para domarlo y montarlo, Pallas Atenea le concedió el bocado, semejante a una diadema dorada. Con esta pieza de oro, dominó la fuerza salvaje de Pegaso y como por arte de magia, el corcel que galopa en el cielo, se hizo dócil a la voluntad de Belerofonte.

Conforme a la tradición hesiódica de la Teogonía, Pegaso era un animal maravilloso: nacido en la frontera de la noche, de la sangre brotada del cuello decapitado de Medusa, en un paisaje oceánico donde brotan las aguas subterráneas, es sin duda, una criatura de Poseidón. Hemos de recordar además que por su brío, sus crisis de locura y su nerviosidad, por su humor tempestuoso y sus reacciones imprevisibles, por la espuma de su boca y el sudor blanco de su pelambre, por sus agudos relinchos, de por sí el caballo aparece como un animal misterioso e inquietante, como una fuerza demónica; lógico pues que sea a Poseidón a

quien pertenezca, ya como potencia ctónica, orientado hacia el mundo infernal y las fuerzas de la fecundidad que ocultan las aguas dulces y las fuentes salarinas, ya como potencia guerrera, en cuanto animal belicoso. ¿Por qué entonces, en Corinto, la ciudad de Poseidón, aparece al lado del dios domador de caballos, un culto a Atenea y en calidad de divinidad ecuestre?

Hay que tener en cuenta que en Corinto dominaban los Bákidas, una de las familias de más rancia aristocracia en el contexto helénico que en la época imperaba y cuya naturaleza se esencializaba en tanto fuesen caballeros o dueños de caballos porque, para este grupo social, el animal de Poseidón no sólo era un instrumento guerrero sino también, un valor económico y un signo de prestigio social y de poder político. En las competencias atléticas los triunfos en la carrera de caballos eran los más significativos y poco a poco los aristócratas se percataron de que para lograrlos no bastaba poseer los más veloces corceles y los más perfectos carros sino ante todo, aurigas diestros y astutos. En este contexto de inteligencia astuta es que se sitúa la invención del bocado por parte de Atenea. Todo caballo de raza posee una mirada de fuego: terrible, inquietante, gorgónica; brilla como las armas, paraliza como el furor guerrero. Su naturaleza indómita, de la que participa Pegaso, sólo puede pertenecer al dominio de un dios impetuoso como Poseidón, cuya voluntad disciplina el ardor de la bestia o por el contrario, decide liberar toda su violencia y desatar la tragedia y la muerte. Por esto, en la ciudad aristocrática de famosos caballeros o amantes de caballos, Poseidón tenía que ocupar un puesto central y todos los atletas, conductores de caballos, tenían que invocar al dios en su ayuda a la hora de subir a un carro de tiro o de montar un brioso corcel.

Pero el señorío de Poseidón termina donde comienza el artificio o la habilidad del auriga. El domina sobre la fuerza, poniéndola o quitándola, mas es a Atenea a quien corresponde enseñar el arte de conducir para triunfar y el invento de un instrumento o artefacto mágico que domine sagazmente el brío de la naturaleza salvaje:

"Fue Belerofonte quien, queriendo someter al yugo a Pegaso, hijo de la Gorgona, la de la cabellera serpentina, se enfrentó con tantos peligros hasta el día que Palas le dio el freno unido a unas riendas de oro ... "Toma este talismán que apaciguará a los corceles y ofrécelo a Poseidón domador, sacrificándole un toro de blancura inmaculada". Así la virgen de la égida negra pareció hablarle mientras dormía. En seguida se puso de pie y empuñando la maravilla depositada cerca de su mano, corrió gozosamente ... El valeroso Belerofonte se apresura a colocar entre los dientes del caballo alado el talismán moderador y Pegaso está a su disposición domado. En seguida lo monta y se pasea por los espacios, haciendo resonar su armadura de bronce". (Píndaro, Olímpica XIII).

La descripción que Píndaro hace de la entrega del freno y las riendas doradas al héroe de Corinto por parte de Atenea, está repleta de indicios sobre la naturaleza fantástica y maravillosa de este objeto ecuestre. Aquí el freno no es la simple obra de un herrero, sino una pieza mágica que como las drogas o los filtros, actúa con una fuerza extraña y secreta. La misma diosa lo presenta a Belerofonte tildándolo de talismán y luego, una vez es colocado entre los dientes de Pegaso, su acción repentina e inmediata, ratifica su condición de objeto mágico. Ni siquiera hay necesidad de que el héroe despliegue sus condiciones atléticas y su inteligencia porque el mero contacto entre freno y boca, desencadena la calma y domina toda la foga del animal: al instante Pegaso se muestra domado y se deja montar mansamente.

Sin embargo, el campo de acción de Atenea Hippiá no se reduce a la invención del freno sino que recubre todo el sistema de conducta que debe poner en práctica un conductor de carros, a saber, agudeza visual, atención presta a los comportamientos imprevisibles de los caballos, a las desigualdades del terreno y a todos los obstáculos que puedan desviar la trayectoria del vehículo pero que al final, un prudente cochero sabe utilizar a su favor, tras una reacción inmediata y eficaz. De este modo se explica por qué los aurigas grie-

gos invocaban a Atenea durante todo el recorrido de la carrera y a Poseidón sólo al principio o al final. La diosa de los brillantes ojos, era la que proporcionaba con su inteligencia artera, técnica y mágica, la verdadera clave del triunfo. A Poseidón se le pedía poner sangre fría a los caballos porque es sobre ellos o sobre el tiro que él ejerce su poder. A Atenea en cambio, se le encomienda el auriga y ésta actúa proporcionándole el bocado y una inteligencia astuta y sagaz.

La Atenea Hippiá y la Atenea guerrera convergen pues, perfectamente en su campo de acción y atributos. Si pensamos en que los golpes a los puestos enemigos exigen además de valor, también osadía, agudeza visual y rapidez de ejecución; que situarse al acecho en una emboscada requiere la prudencia del zorro y la habilidad de quien se esconde para no dejarse ver ni ser sorprendido, descubriremos que con mucha razón, los griegos hicieron de esta diosa protectora de la guerra, la misma que conduciría a los aurigas, domadores de caballos, al triunfo. El común denominador de las dos acciones es la prudencia, la habilidad para sorprender, la aprensión brusca y sobre todo, una aguda visión que permita prever los acontecimientos y disponerlo todo a favor nuestro.

En cuanto al mágico mundo de luz y sonido que envuelve la figura armada de Atenea, también en la relación freno-caballo se hace presente. Si la mirada de "la de ojos de lechuza" relampa-

guea en el brillo del bronce y resuena como la trompeta en su grito de guerra, podemos decir que permanece llameante igualmente, cuando los frenos nacidos del fuego producen un sonido tintineante entre las mandíbulas de caballos indómitos y coléricos. A pesar de ser el instrumento que utiliza el caballero para dominar su montura, el freno en las fauces de briosos corceles, se toma en réplica de lamento de Gorgona o silbido de serpiente. Al agitarse entre los dientes de las bestias deja emitir un sonido metálico como el de las armas y aviva su naturaleza ígnea para someter finalmente al animal.

En definitiva, el misterio que ocultan los ojos de Atenea, es el mismo que encierra el rayo de su padre Zeus. Relámpago y trueno, luz y grito, brillo y sonido de bronce. La mirada de la diosa quema o hiela de pavor, se ve y se escucha a la vez, destruye o salva con su inteligencia luminosa. Sus ojos son fuego ingenioso que forja tanto las mentes como las armas, los instrumentos, las trampas mágicas, la ocasión propicia para la acción. Atenea, la de ojos de lechuza, es la virgen olímpica donde el genio mítico-filosófico de los griegos, concentró toda su sabiduría sobre la naturaleza: en sus ojos brilla la más serena luz de la apariencia bajo cuyo reflejo empero, cielo y tierra se agitan todos cuando contemplan la verdad que ocultan: mirada petrificante de Medusa, ojo colérico de caballo salvaje, grito desgarrador de seres salvajes, magia poderosa de los artificios técnicos y de la cultura del hombre.